

FALSTAFF.—¿Ya? Entonces acudo inmediatamente á la cita. Venid cuando lo tengáis á bien, y os informaré del progreso que haga. La conclusión ha de ser que gozaréis de ella. La tendréis, señor Brook, la tendréis y pondréis los cuernos á Ford. *(Sale)*.

FORD.—¡Hum! ¡Ah! ¿Es esto una visión? ¿Es esto un sueño? ¿Estoy dormido? Despierta, Ford. ¡Ford, despierta! Tu mejor precaución se encuentra burlada. ¡Y para esto se casa uno! ¡Para esto tiene uno en su casa ropas y canastas! Bien. Proclamaré en alta voz lo que soy. Ahora no se me escapará el miserable, no. Es imposible que se escape. Está en mi casa, y no se ha de ocultar en una alcancía ni en la caja de la pimienta. Registraré hasta los lugares imposibles, y le he de atrapar á menos que le ayude su consejero el diablo. Si no puedo evitar lo que soy, al menos no me resignaré mansamente á ser lo que no quisiera. Y si he de tener cuernos, yo haré que tenga razón el refrán, y que ese bribón salga por la punta de un cuerno.

(Sale).



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

La calle

SRA. PAGE

Entran la Sra. PAGE, la Sra. APRISA y GUILLERMO

¿Te parece que está ya en casa de Ford?

APRISA.—Sin duda, que ha de estar á esta hora, ó en pocos momentos más. Pero podéis creer que está verdaderamente furioso por aquello de haberlo echado al río. La señora Ford desea que vayáis inmediatamente.

SRA. PAGE.—Ya estaré con ella dentro de un rato. No voy á hacer más que dejar en la escuela á mi chico que veis conmigo. Ahí viene su maestro. Es día de asueto, á lo que veo.

(Entra sir Hugh Evans.)

¿Cómo estáis, señor Hugh? ¿No es hoy día de escuela?

EVANS.—No. El señor Slender ha dado á los chicos permiso para jugar.

SRA. PAGE.—Señor Hugh, mi esposo dice que mi hijo aprovecha maldita de Dios la cosa en su libro. Y os ruego que le hagáis algunas preguntas sobre sus rudimentos.

EVANS.—Ven aquí, Guillermo. Levanta la cabeza. Ven.

SRA. PAGE.—Venid, gran tuno. Erguid la cabeza y responded al maestro. No tengáis miedo.

EVANS.—Guillermo, ¿cuántos números hay en los nombres?

GUILLERMO.—Dos.



EPRISA.—Pues yo pensé que había uno más; porque las gentes dicen «nombres raros.»

EVANS.—Dejad vuestra charla. ¿Qué significa «bello?»

GUILLERMO.—*Pulchro*.

APRISA.—¡*Sepulcro*! Pues ya conozco yo muchas cosas más bellas que un sepulcro.

EVANS.—¡Qué mujer tan simple! Hacedme el favor de callar. Guillermo: ¿qué significa *lapis*?

GUILLERMO.—Piedra.

EVANS.—¿Y qué es piedra, Guillermo?

GUILLERMO.—Un guijarro.

EVANS.—No: es *lapis*. Que no se os borre del cerebro.

GUILLERMO.—*Lapis*.

EVANS.—¡Bravo, Guillermito! Y decid: ¿de dónde se toman los artículos?

GUILLERMO.—Los artículos se toman del pronombre, y se declinan así: «Singular, nominativo *hic, hæc, hoc*.

EVANS.—Nominativo *hic, hac, hoc*. No hay que distraerse.

GUILLERMO.—Acusativo *hinc*.

EVANS.—Os encargo no perder la memoria. Acusativo *hinc, hanc, hanc*.—¿Cuál es el caso vocativo?

GUILLERMO.—*O*, vocativo. *O*.

EVANS.—Acordaos. Vocativo *caret*.

APRISA.—Provocativa es la carne. Eso ya se sabe. Lo mismo en latín que en todas las lenguas.

EVANS.—¡Por Dios, mujer!

SRA. PAGE.—Callad.

EVANS.—¿Cuál es el caso genitivo?

GUILLERMO.—¿Caso genitivo?

EVANS.—Sí.

GUILLERMO.—*Orum, arum, orum*.

APRISA.—¡Mal haya con el genit!... ¡Jesús! ¡Niño! ¡Nunca digas esa palabra!

EVANS.—¡Por pudor, mujer!

APRISA.—¡Es una temeridad enseñar estas palabras á los niños! El le enseña cosas de malicia, que ya se las aprenden solos los muchachos en un abrir y cerrar de ojos. ¡Dios lo sabe!

EVANS.—¿Estás loca, mujer? ¿No tienes entendimiento para tus casos y el número de los géneros?

SRA. PAGE.—Hazme el favor de callar.

EVANS.—Declina ahora, Guillermo, algunos pronombres.

GUILLERMO.—Se me han olvidado.

EVANS.—Es así: *qui, que, quod*. Si olvidáis los *qui*,

los *que* y los *quod*, habrá que vestiros de corto. Id á jugar.

SRA. PAGE.—Sabe mucho más que lo que yo suponía.

EVANS.—Tiene una memoria muy feliz. Adiós, señora Page.

SRA. PAGE.—Adiós, buen señor Hugh. Vamos á casa, niño. Vamos, ya me he demorado en extremo.
(*Salen*).

ESCENA II

Cuarto en casa de Ford

Entran FALSTAFF y la Sra. FORD

FALSTAFF.—Señora Ford, vuestro pesar ha hecho desaparecer mi resentimiento. Veo que sois consecuente en vuestro amor, y me preció de cumplido en corresponder hasta la más mínima fineza. Y esto, señora, no sólo en cuanto al amor mismo, sino también en todos los accesorios, complementos y ceremonias que lo acompañan. ¿Pero estáis ahora segura de vuestro marido?

SRA. FORD.—Ha salido á cazar, amable sir Juan.

SRA. PAGE (*adentro*).—¡Ea! ¡Hola! Señora Ford. ¿Me oís?

SRA. FORD.—Entrad á esa cámara, sir Juan.

(*Sale Falstaff.—Entra la Sra. Page.*)

SRA. PAGE.—¿Cómo estáis, querida mía? ¿Hay alguien con vos en la casa?

SRA. FORD.—¿Quién podría haber? Nadie sino las gentes de mi servicio.

SRA. PAGE.—¿De veras?

SRA. FORD.—Nadie, por cierto. (*Aparte*). Hablad más alto.

SRA. PAGE.—No sabéis cuánto me alegro de que estéis sola.

SRA. FORD.—¿Por qué?

SRA. PAGE.—¡Ay, mujer! Vuestro marido vuelve á su vieja manía. ¡Si oyerais lo que dice allá abajo á mi esposo! ¡Y cómo reniega de cuantos matrimonios hay en el mundo! Maldice á todas las hijas de Eva, de cualquiera condición y carácter que sean; y se golpea la frente gritando: «¡Salid de una vez, salid de una vez!» de modo que cualquiera locura furiosa que haya visto en mi vida, no es más que manse-dumbre, paciencia y cortesía, comparada con la furia en que él está. ¡Gracias á Dios que el caballero gordo no está aquí!

SRA. FORD.—¿Pues qué! ¿Habla de él?

SRA. PAGE.—Nada más que de él; y jura que la última vez que lo buscó lo hicieron salir dentro de un canasto; asegura á mi esposo que él está ahora en este lugar; y ha hecho que todos los que le acompañaban en la caza abandonen su recreo para venir á darles una nueva prueba de sus sospechas. Me alegro en el alma de que el caballero no se encuentre aquí; pues así verá vuestro esposo su propio desatino.

SRA. FORD.—¿Y está cerca de la casa?

SRA. PAGE.—Al fin de esta calle; de manera que no tardará en llegar.

SRA. FORD.—¿Estoy perdida!—¿El caballero está ahí dentro!

SRA. PAGE.—¡Ay, Dios mío! ¡Pues entonces estáis arruinada sin remedio, y él ya se puede dar por hombre muerto! Pero ¿qué mujer sois? ¡Que salga al instante, que salga! Más vale pasar un bochor-no que ser causa de un asesinato.

SRA. FORD.—¿Pero por dónde podrá salir? ¿Cómo lo ocultaré? ¿Volveré á ponerlo en el canasto?

(*Vuelve á entrar Falstaff.*)

FALSTAFF.—No, no volveré á entrar en el canasto. ¿No podréirme antes de que él venga?

SRA. PAGE.—¡Ay! ¡Allí están guardando la puerta

tres de los hermanos de Ford, armados de pistolas! Y no dejarán salir á nadie. Si no fuera por esto, podríais salir antes que él llegase. ¿Pero qué hacéis aquí?

FALSTAFF.—¿Qué haré? ¿Qué haré? Me subiré por la chimenea.

SRA. FORD.—Siempre que vuelven de cazar descargan allí sus escopetas. Meteos por la boca del horno.

FALSTAFF.—¿Adónde está?

SRA. FORD.—Pero es indudable que registrará allí también. No le quedará armario, cofre, baúl, pozo, bóveda ni rincón por registrar; pues tiene escrita la nota de todo, y se guía por ella. Es imposible ocultaros en la casa.

FALSTAFF.—Entonces saldré.

SRA. PAGE.—Si salís tal como estáis, sir Juan, no pasaréis vivo la puerta de la calle. Sólo que podríais disfrazaros...

SRA. FORD.—¿Qué disfraz podremos ponerle?

SRA. PAGE.—¿Qué desgracia! No se me ocurre la menor idea. No hay enaguas bastante grandes para él; que de no, se le podría poner un sombrero, un embozo, un pañuelo, y así podría escapar sin dificultad.

FALSTAFF.—Por amor de Dios, ingeniad algún medio. Lo que queráis, con tal de que no haya aquí alguna catástrofe.

SRA. FORD.—La tía de mi doncella de labor, la obesa señora de Brentford, tiene en un cuarto de aquí arriba una bata.

SRA. PAGE.—Por vida mía que le vendrá bien. Ella es tan gruesa como él. Y ahí están también su sombrero tejido y su manto. Subid, sir Juan.

SRA. FORD.—Subid, subid, amable sir Juan. La señora Page y yo buscaremos algunas blondas para la cabeza.

SRA. PAGE.—Pronto, daos prisa. Subiremos inme-

diatamente á vestiros. Mientras tanto, poneos la bata.

(Sale Falstaff.)

SRA. FORD.—Me alegraría de que le encontrase en esta traza mi marido. No puede tolerar á la vieja de Brentford: jura que es bruja: le ha prohibido venir á la casa, y la ha amenazado con echarla á golpes.

SRA. PAGE.—¡Dios le ponga debajo del bastón de vuestro marido, y venga el diablo á guiar el bastón!

SRA. FORD.—¿Pero viene realmente mi esposo?

SRA. PAGE.—Sí, y de bastante mal humor, por cierto. Habla del canasto, pero no sé cómo haya podido ser informado de esto.

SRA. FORD.—Probaremos lo mismo otra vez; porque encargaré á mis criados que vuelvan á llevar el canasto, para que se encuentren con él á la puerta, lo mismo que la vez pasada.

SRA. PAGE.—Ya no puede tardar en presentarse.—Vamos á vestir al otro como á la bruja de Brentford.

SRA. FORD.—Daré primero instrucciones á mis gentes sobre lo que han de hacer con el canasto. Subid, que yo iré en seguida llevando la ropa que falte.

(Sale.)

SRA. PAGE.—¡Cargue el diablo con el muy rematado pillo! Nunca podremos atormentarle como merece. Daremos una prueba en lo que vamos á hacer, de que las esposas pueden ser alegres sin dejar de ser honradas. Las que á menudo chanceamos y nos reímos, no pasamos todas de las palabras bulliciosas á las obras calladas. Es refrán antiguo, pero muy verdadero que, «del agua mansa nos libre Dios».

(Sale.—Vuelve á entrar la Sra. Ford con dos criados.)

SRA. FORD.—¡Ea! Tomad otra vez en hombros el canasto. Vuestro amo está cerca de la puerta. Si

os pide poner en tierra vuestra carga, hacedlo. Pronto, daos prisa. *(Sale.)*

CRiado 1.^o—Vamos, vamos, levanta.

CRiado 2.^o—Dios quiera que no esté lleno con el caballero otra vez.

CRiado 1.^o—Espero en Dios que no. Tanto me gustaría que estuviese lleno de plomo.

(Entran Ford, Page, Pocolondo, Caius, y sir Hugh Evans.)

FORD.—Bueno. Pero si resulta ser verdad: ¿tendréis algún modo de quitarme mi locura? ¡Abajo ese canasto, canalla! Que llamen á mi mujer. ¡Oh vosotros, bellacos, alcahuetes! ¡Aquí hay una pandilla, una conspiración contra mí! Pero toda esta infamia saldrá ahora á luz. ¡Mujer! ¿Oís? ¡Venid aquí á ver qué ropas tan inocentes enviáis al lavadero!

PAGE.—Esto es insufrible. Señor Ford, no debéis ya andar suelto. Será menester poneros una camisola de fuerza.

EVANS.—Está lunático, loco furioso, tan furioso como un perro con la rabia.

POCOFONDO.—Verdaderamente, señor Ford, esto no está bien. En verdad que no.

(Entra la señora Ford.)

FORD.—Lo mismo digo yo, señor. Venid aquí, señora Ford; la señora Ford, la mujer honrada, la esposa modesta, la virtuosa criatura que tiene por marido un loco celoso. ¿Sospecho sin motivo, señora mía, no es así?

SRA. FORD.—Si sospecháis de mi honra, pongo al cielo por testigo de que no tenéis razón.

FORD.—Muy bien dicho, sin vergüenza; insiste en ello. Ven acá, criado.

(Saca las ropas del canasto.)

PAGE.—Esto es intolerable.

SRA. FORD.—¿No os avergonzáis? Dejad esos trapos.

FORD.—Ya os encontraré al instante.

EVANS.—Esto no está en el orden. ¿Vais á vaciar las ropas de la señora?

FORD.—Vaciad el canasto, os digo.

SRA. FORD.—Pero ¡hombre! ¿qué es esto?

FORD.—Tan cierto como que soy hombre, señor Page, ayer se ha hecho salir de mi casa á un hombre en este canasto. ¿Por qué no había de estar en él también hoy? De que se encuentra en mi casa, estoy seguro: mis informes no pueden engañarme, y mi celo es justo. Echadme fuera todas esas telas.

SRA. FORD.—Si halláis allí un hombre, morirá de la muerte de una pulga.

PAGE.—Aquí no hay nadie.

POCOFONDO.—Sobre mi fe, señor Ford, que esto no está bien. Os hacéis agravio vos mismo.

EVANS.—Señor Ford, deberíais rezar en vez de entregaros á las imaginaciones de vuestro corazón. Esto no es más que celos.

FORD.—Bueno. El que busco no está aquí.

PAGE.—No: ni en parte alguna que no sea vuestro cerebro.

FORD.—Ayudadme á registrar la casa nada más que esta vez; y si no encontramos lo que busco, no tengáis misericordia conmigo; hacedme para siempre el tema de vuestra charla de sobremesa, y que se diga de mí en todas partes: «celoso como Ford, que registró una cáscara de nuez para encontrar al amante de su esposa.» Dadme una sola vez esta satisfacción: busquemos esta vez.

SRA. FORD.—¡Hola! ¡Eh! ¡Señora Page! Bajad con la anciana, que mi esposo necesita ir á la habitación.

FORD.—¡Anciana! ¿Qué anciana es esa?

SRA. FORD.—La tía de mi doncella, la anciana de Brentford.

FORD.—Una bruja, una mujer perdida, una vieja enredista. ¿No le he prohibido venir á mi casa? ¿A qué vendrá, sino á traer mensajes? Nosotros, hombres sencillos, no sabemos lo que se hace pasar